La limpia sigue (Tercera Parte)

Pedro César Castillo Quiñones

Image not found.

Capítulo 1

La limpia sigue

Capítulo 2

Tercera Parte

Capítulo 3

“Hay un único lugar donde ayer y hoy se encuentran y se reconocen y abrazan. Ese lugar es mañana”

Eduardo Galeano

Capítulo 4

Capítulo I

Las voces de los muertos

Los hombres de Nepomuceno llevaron a Ramiro pasando la frontera de la Ciudad Renacimiento. Se retiraron a un despoblado peñón, famoso entre los lugareños por supuestos fantasmas que allí habitan.

Caminaron hasta que encontraron el sitio perfecto para cometer el asesinato. Eran únicamente dos los encargados en deshacerse de Ramiro. Cuando se detuvieron, desataron a Ramiro, le apuntaron a la cabeza con largas escopetas, y le obligaron a cavar su propia tumba con una pala bastanteaste estropeada.

—Si tardas más de dos horas en cavar tu tumba, te hacemos un hueco en el pecho, y dejaremos que los animales se coman tu cuerpo. Tú eliges, ja, ja, ja.

El sitio donde Ramiro cavaba su tumba era un lugar considerado maldito por los habitantes de la Ciudad Renacimiento. Las leyendas decían que allí se habían fusilado y masacrado a varios insurgentes en la época de la independencia. También se decía que allí se escondía un despiadado asesino de mujeres. Supuestamente era un hombre de aspecto asiático que les daba asilo a las mujeres desamparadas en la oscuridad de la noche. El hombre las seducía con engaños, después las violaba y terminaba decapitándolas. Dicen que se suicidó, corándose la yugular, y la supuesta razón de su suicidio fue debido a las voces que en su cabeza escuchaba. Aumentaban su locura, y ya no lo resistía. Otras voces dicen que, a mediados del siglo XX, una secta satánica, practicantes de la brujería, y fieles seguidores a los dioses aztecas, asesinaron a más de sesenta personas en rituales de sacrificio.

Un aire sacudía la copa de los árboles.

—Escuchen —dijo Ramiro.— Son las voces de los muertos intentando comunicarse.

—Deja de perder el tiempo y sigue cavando. —El sicario amenazaba a Ramiro con dispararle si no seguía cavando.

—Aun así me van a matar, así que no me importa que amenacen. Adelante, dispara, para que pueda unirme a las voces que arrastra el viento.

La fuerte ráfaga de aire seguía sacudiendo las hojas de los árboles. El viento realmente parecía estar reclamando algo.

—¿Qué se escucha? —Uno de los sicarios comenzaba a espantarse.

—Por favor ¿de verdad crees en todo lo que dicen de este lugar? Ya hemos venido, y nunca nos ha pasado nada.

—¿Qué tal que esta vez es en serio? Puede que hemos molestado a los espíritus, y ya están hartos de nosotros. Tengo un mal presentimiento.

Ramiro trató de sacar provecho de la situación. Miraba el susto que tenía el sicario.

—¿Saben que es lo curioso de los muertos? —habla Ramiro— que siempre intentan hablarnos con su putrefacto olor. En el viento se puede respirar ese asqueroso olor a muerto. Nos recuerdan que todos terminaremos oliendo así.

Ambos sicarios intentan reconocer ese olor que tanto decía Ramiro, y en el patético descuido, Ramiro aprovechó para lanzarse en contra de ambos. Logró desarmarlos, y a puño limpio se enfrentó contra los dos.

Ramiro cayó al suelo unas cuantas veces, pero volvía a ponerse de pie. Con la pala logró noquear a uno de ellos, dándole fuertemente en la mandíbula y en la nariz. Siguió dando batalla, hasta que el sicario derrumbó a Ramiro y empezó a golpearlo en el suelo. Esos golpes dejaron en muy mal estado a Ramiro. El sicario dejó noqueado a Ramiro. Después lo mal enterró en la hedionda tierra y se fue cargando el cuerpo de su amigo desmayado.

Ramiro despertó unos minutos después, y sin mayor dificultad logró salir de la tierra, arrastrando su pesado cuerpo. Clavaba las uñas en la tierra, y poco a poco logró levantarse.

< Tengo que sanar mis heridas. No pueden verme estos hijos de puta. Tengo que desaparecer, que crean que estoy muerto> Ramiro intentó regresar a la ciudad Renacimiento para que alguien lo curara. En el camino pensaba cómo terminar con todo definitivamente.

Capítulo 5

Capítulo II

Amor asesino

Esmeralda sentía pánico, pavor por lo que le haría Nepomuceno. Del miedo empezó a llorar, y su mente daba vueltas en ideas que no tenían solución. Ella sabía lo sanguinario que podía ser Nepomuceno, y más aún cuando su juicio está bloqueado por la ira. No por nada su temperamento había cobrado fama en la Ciudad Renacimiento.

Analizaba sus opciones < ¿Qué puedo hacer?> pensaba < Es imposible hacerle entender cuando está molesto. ¡Santa María! ¿Qué le digo?> Realmente no había mucho que explicar, nada que Nepomuceno pudiese comprender.

Esmeralda sacó una maleta de su armario, y empacó unas cuantas prendas, guardó sus cosméticos y un pequeño fajo de billetes. Luego, casi gritando, mandó a llamar a su madre. Ella llegó confundida, reclamando el escándalo que traía su hija.

- Quiero que pidas un taxi urgentemente, y llévate a Rodolfo contigo. También quiero que hagas una pequeña maleta y llévate todo lo necesario; para ti y para tu nieto.

- ¿Por qué demonios te pasa hija? – su madre responde nerviosa y confundida.

- No hay tiempo de explicarlo todo, sólo te digo que, Nepomuceno está emputadísimo, y viene para acá – ella comenzaba a exasperar. – sé de lo que es capaz ¡está loco mamá! Quiero que tú y Rodolfo vayan a la central de camiones. Allí los veré, es sólo que quiero ir a parte. No quiero que Nepomuceno nos encuentre en el mismo taxi.

- Vamos juntos – dice su madre espantada.

- No quiero arriesgar tu vida, ni la de Rodolfo. Es mejor que vaya yo sola.

Esmeralda actuaba hiperactivamente. Iba cual cohete sobre la marcha, rápida y directa. Intentó varias veces comunicarse con Ramiro, pero la señal del teléfono no entrelazaba las líneas.

Buscó entre los cajones de su cómoda el anillo de compromiso que Ramiro le ofrendó, y se lo puso en el anular. También se llevó las pocas joyas que

tenía.

La madre de Esmeralda salió junto con el bebé, abordaron el primer taxi que vieron y se marcharon. Por las prisas no se despidieron de Esmeralda, pero su madre iba con su cruz rezando por el bienestar de su hija.

Una ligera lluvia empezó a caer sobre la ciudad. Los vidrios a penas y se empapaban con las gotas que chocaban. El viento resoplaba entre las rendijas del hogar, sonaba con un canto fúnebre.

< ¿Y si Ramiro está muerto? Puede que Nepomuceno lo haya asesinado, y eso por eso que fue él quien contestó su celular. ¿Y si lo mataron por mi culpa? Ese loco pudo haber visto que yo le marqué a Ramiro, se puso celoso, y entonces lo golpeó hasta que dejó de respirar. Ya pasaron diez minutos desde que partió mi madre, será mejor que ya me salga de la casa.> Esmeralda agarró su equipaje, salió a la calle y espero unos minutos hasta que apareciera un taxi libre.

Cuando por fin apareció uno, se subió tan rápido que se le olvidó una pequeña maleta, llena de maquillajes, en la acera.

- ¿A dónde vamos señorita? – pregunta el taxista.

- Vaya a la central de autobuses, lo más rápido que se pueda por favor.

- Entendido. – El conductor del taxi enciendo su taxímetro y se pone en marcha.

Esmeralda iba viendo en el camino las decoraciones de las casas, que parecían más viejas de lo que eran realmente, las luces de los postes, los espectaculares políticos, a los perros que se refugiaban en los contenedores de basura.

< ¡Dios santo! ¿En qué infierno me metiste? ¿Qué final me tienes preparado? Espero que Ramiro siga con vida, espero que mi madre ya ha llegado bien y a salvo. Dios, protégeme, no me desampares en estos momentos. Dios te salve María, llena eres de gracia, el señor es contigo. Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre Jesús. Santa María, madre de Dios, señora ruega por nosotros los pecadores, ahora, y en la hora de nuestra muerte…>

- Voy a pasar rápido a cargar gasolina ¿está bien? No creo que llegamos con el tanque que llevo. Una disculpa. – El chofer interrumpe los

rezos de Esmeralda, y se detiene en una gasolinera.

El chofer se estaciona en una de las bombas que estaban vacías, y espera a que le atiendan.

- ¡Qué barbaridad! El litro de gasolina está en dieciocho pesos. Son unas ratas esos del gobierno. La gasolina está cada vez más cara, y nosotros seguimos sin ganar más para comprarla. – El chofer se queja, pero Esmeralda ignora por completo la voz del taxista.

Todo parecía estar tranquilo, hasta que Esmeralda contempló, con espanto, como la camioneta de Nepomuceno se orillaba junto al taxi. Al parecer Nepomuceno también había ido a cargar gasolina.

Esmeralda empezó a sofocarse. Sentía que el automóvil se comprimía, que el oxígeno se agotaba. Intentó ocultarse discretamente, se tapaba el rostro fingiendo que se rascaba el cuero cabelludo.

Los vidrios del taxi eran completamente transparentes, y la gasolinera tenía exagerada iluminación, por lo tanto, a Nepomuceno no le costaría trabajo distinguir quien viajaba en el taxi.

El taxista se había bajado de su carro para observar mejor los números que dictaba la bomba de gas.

- Son ochocientos, patrón. – Dice el joven que despachaba la estación de gas.

- ¿Cómo cree usted que le voy a pagar 900? – El taxista empieza a enojarse. – Ya he pedido tanque lleno, y jamás mi carro se ha llenado con novecientos. No te voy a pagar nada. Esto es una estafa, y voy a levantar una denuncia para que vengan a clausurarlos.

El taxista y el despachador empezaron a discutir, provocando que todas las miradas cernas al lugar se fijaran en ellos.

Esmeralda no podía creer su mala suerte. Checó que Nepomuceno no la estuviese mirando, y espero el momento preciso para bajarse del taxi y salir disimuladamente.

Poco a poco iba alejándose, dejando tras de sí al taxista, la gasolinera y a Nepomuceno. Su corazón latía incontrolablemente, sus nervios estaban alerta a todo sonido. Estaba a punto de salir de la zona de la gasolinera, cuando de repente, escuchó la voz de Nepomuceno gritar su nombre. Se sintió como si una jauría de lobos hambrientos le hubiese aullado. Ella empezó a correr, sin saber a dónde refugiarse, y sin voltear atrás, sentía

como algo la perseguía.

Se sentía aprisionada dentro de las calles de la Ciudad Renacimiento. Se sentía como un ratoncito intentando encontrar la salida de un enorme laberinto.

Corría cuesta arriba, por una calle demasiado empinada. El cansancio atacaba su cuerpo, y sus pies se movían cada vez más torpes, tambaleándose. ¡Bang! Se escucha un disparo tras de ella.

- ¡Te voy a asesinar maldita zorra! Diré que si te maté era porque eras una pinche puta. – Nepomuceno desgarra su garganta para gritarle a Esmeralda.

Esmeralda sentía que caía sobre una espiral, su mente dejó de pensar. El remolino de ideas se esfumó de la nada, y todo parecía haber llegado a su inevitable final.

Seguía corriendo, hasta que tropezó frente a una parada de camiones. Al caer al suelo se golpeó duramente en la cabeza, y el dolor le impidió continuar huyendo.

Nepomuceno la alcanzó, y al verla tirada sobre el pavimento le dio un puntapié en el abdomen. Ella empezó a llorar quedamente, y él la amenazaba con su arma. La ofendía rudamente.

Ahora sí, Nepomuceno se trasformó en fiera que enjaulaba su interior.

- ¡Eres una puta barata Esmeralda! ¡¿Cómo pudiste engañarme así, con ese cabrón hijo de la chingada?! Yo te amaba, te lo habría dado todo, y así es como me lo pagas… engañándome con ese idiota. – Nepomuceno cargaba su arma, y le apuntaba en la frente a Esmeralda. Luego, impulsado por el cataclismo de sus emociones, le dio un fuerte puñetazo en el rostro.

Un hombre pasaba por la calle cuando Nepomuceno golpeaba a Esmeralda. Cuando Nepomuceno, enfurecido empezó a soltar balazos a todas direcciones. El hombre que pasaba se alejó despavorido.

- Por favor, Nepomuceno, no me mates. ¡Soy la madre de tu hijo! – Esmeralda habla con voz de súplica.

- Y por eso mismo, no dejaré que mi hijo sepa que su madre era una puta que le abría las piernas a cualquiera. No te hagas la víctima Esmeralda, tú fuiste la que fue infiel.

Nepomuceno mira el cuerpo de Esmeralda abatido sobre el frío del pavimento. La miraba débil, y su respirar era apaciguado. Él pensó por un

instante en detenerse, pero su rabia incrementó cuando vio que ella llevaba puesto el anillo de compromiso que Ramiro le obsequió.

- ¿Cómo quieres que te deje vivir, cundo llevas puesto este anillo que demuestra lo puta y lo culera que eres? Esto no te lo perdono. – Nepomuceno levantó la cabeza de Esmeralda, agarrándola de su cabellera. – Dime dónde ocultaste a mi hijo, y prometo terminar con tu sufrimiento.

- ¡No mates a mi hijo, es todo lo que tengo en este mundo! – Esmeralda se doblaba en espantoso llanto.

- No lo mataré, y descuida, que ya pronto dejarás de estar en este mundo, sólo te pido, que me digas, ¿dónde carajos está mi hijo? – Esmeralda se desmayaba del dolor. Sus párpados de ella se cerraban lentamente, como si se estuviese yendo a dormir. - ¡Contesta chingá! – Esmeralda cerró los ojos; esto lo irritó más a Nepomuceno, y en su ego pensó que ella se estaba burlando de él. Nepomuceno ya no se contuvo más, y disparó todo el cartucho de su fusil, perforando el endeble cuerpo de Esmeralda.

Nepomuceno admiraba lo que su barbaridad había provocado. Su golpe de enojo le incitó a deshacerse de la mujer que amaba. Miraba el cuerpo abatido por las balas, desangrándose, y mientras su mirada se perdía en lo irremediable, hacía una llamada a sus colegas narcotraficantes. Quería que la escena pareciera un narco mensaje para disimular la situación. De igual forma quería espantar a Ramiro, hacerle creer que sus enemigos lo están buscando para deshacerse de él.

< Quiero que Ramiro sufra en todos los aspectos. Quiero destruirlo física y mentalmente. Ramiro morirá, eso lo puedo asegurar> Nepomuceno abandona el cuerpo de Esmeralda, y se retira hacia San Felipe. Quería muerto a Ramiro.

Capítulo 6

Capítulo III

Todo salió bien después de todo

- Tiempo después de que mataran a mi padre en la Ciudad Renacimiento – le decía Peter a Jazmín mientras conducía. – me encontré a Ramiro caminando por la calle. Él ya había abandonado totalmente la escuela, y su aspecto estaba muy jodido realmente. Ese día que lo vía, llevaba una playera empapada de sangre, y su rostro estaba con heridas recién abiertas. Creía que se iba a desmayar en cualquier momento.

Jazmín escuchaba con asombro la anécdota que Peter le contaba. Parecía una historia de película, o una historia como para escribirse en un libro de temática realista, y sólo con una pisca de ficción, porque no necesita de más.

- ¡Peter! ¡Ayúdame! Llévame a urgencias. – Ramiro me agarró de mi playera, y me miró como Jesucristo en la cruz.

Me dolía ver a mi amigo así. Era trágico ver como Ramiro se hundió en tan poco tiempo. Curiosamente, mi interior me decía que me alejara de Ramiro. Cientos de voces gritaban "que se ahogue en las arenas movedizas", pero entre tanto ruido había una minuciosa voz que decía "ayúdalo" "es tu amigo" "es un ser humano" "todos cometemos errores".

- ¿Y qué hiciste? – pegunta Jazmín, casi mordiéndose las uñas.

- ¿Qué hice? Oye esto…

Ramiro se desplomó repentinamente. Recuerdo que paré un taxi para que nos llevara al hospital. Los ojos del taxista enardecieron al verme arrastrar el cuerpo de Ramiro. El taxista estaba a punto de largarse, lo vi en su expresión, estoy seguro de que tuvo intenciones de abandonarnos. – Ayúdeme a subirlo – le dije enojado. Él dudó por un segundo, pero el bien de su corazón le hizo reaccionar a tiempo, y se bajó del coche para ayudarme a cargar a Ramiro.

- ¿Qué le pasó a este? – Pregunta el taxista, quizá para prevenir en qué se estaba metiendo.

- No lo sé. – Contesté muy deprisa. – Lo encontré así, muriéndose en la calle. Lo conozco, y sé que no se va a morir aquí. ¡Eres fuerte, resiste! – Eso último se lo grité a Ramiro, pero sospecho que no me

escuchó.

El taxista condujo velozmente hacia el hospital.

- ¿Te costó trabajo? – pregunta Jazmín.

- ¿Qué cosa? – pregunto curiosamente.

- Ver a tu amigo morirse. – pasó saliva lentamente por la garganta. Creo que le costó trabajo, atreverse, a preguntarme eso.

Es impactante contemplar como una persona está perdiendo la vida frente a tus ojos. Es muy distinto a cuando lo escuchas de otras personas, o cuando lo estás viendo en el cine. En ese momento, lo único en lo que me concentraba, era en salvarla la vida a Ramiro.

Llegamos al hospital, y de inmediato un equipo de camilleros nos acogió cuando vieron que llevábamos a Ramiro cargando en nuestros brazos. Yo lo llevaba de los pies y el taxista del torso.

Dejé que los doctores y enfermeros se llevaran a Ramiro, y yo me quedé en la sala de urgencias. Estaba agitado, un poco estresado y malhumorado. Después me acerqué amablemente hacia el taxista para agradecerle el favor. Quise pagarle buena lana1, pero me rechazó la dádiva. Ni siquiera aceptó que le pagará la lavada de la sangre que manchó los asientos.

—¿Te quedaste solo? —Jazmín parecía estar muy picada2 con la historia.

—Sí. —Intenté varias veces comunicarme con la familia de Ramiro pero jamás me contestaron. Días después me enteré que la casa de Ramiro se incendió esa misma tarde. Murieron todos sus familiares.

Ramiro fue ingresado a un cuarto. Uno de los golpes que recibió le reventó el bazo, y tenía lesiones en el rostro, y en todo su cuerpo.

—¿Me contarás qué demonios te pasó? —le pregunté a Ramiro después de que despertó de la esplenectomía3.

—Sé más amable —dijo Ramiro con frágil voz—. Acabo de ser operado. ¿Dónde está mi madre? Quiero hablar con ella.

Ramiro aún se escuchaba bajo los efectos de los sedantes, no estaba en condiciones para hablar.

—Mejor descansa. Mañana los verás

—No, no, no. —Ramiro se retorcía en su cama—. ¡Pueden estar en peligro! ¡Necesito hablar con mi familia!

—¡Relájate! Estás delicado.

—¡No me pidas que me relaje! Tú no entiendes —Ramiro reprimía su llanto. Sólo un par de lágrimas brotaron de sus enrojecidos ojos—. Le pido a Dios, o al escritor enfermizo que me ha puesto en esta situación, que terminé con mi sufrimiento de una vez por todas.

—La vida no es una novela Ramiro —le dije—. Esto no es una película, donde los buenos ganan y los malos pierden.

Él no quería escucharme. Se puso de terco y comenzó a ignorarme. Cuando acabé de hablar, él me miró, y con mucho enojo me dijo que me fuera a la chingada, y que no le diga a nadie ajeno a su familia dónde estaba.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Jazmín.

—Pues, lo que él me pidió que hiciera; me fui chingar a mi madre. —encendía un cigarro en el estacionamiento de mi unidad—. Fue ese el último favor que le hice.

—¿No me dejes en suspenso ¿qué pasó después?

—Días después, fui a visitarlo. Pensaba que a lo mejor y ya se encontraba mejor, pero cuando llegué a la recepción del hospital, me dieron una terrible noticia.

La recepcionista se puso nerviosa cuando le dije que a quien iba a visitar. La señora se levantó de su silla y fue a buscar algo importante.

Recuerdo que ese día el sol estaba exagerado. Hacía tanto calor que todos caminaban como en cámara lenta. Nadie quería moverse, todos estaban con flojera. Curiosamente, ese día había poca actividad en el hospital.

La enfermera se tardaba en llegar. Fui a la máquina expendedora de gaseosas para matar tiempo, fui al baño y ella no regresaba. Veinte minutos después, puede que un poco más, o un poco menos, llegó la señora recepcionista, acompañada con una enfermera.

— ¿Eres tú quien busca al paciente de la habitación 224?

—¿Qué ocurre? ¿Hay algún inconveniente?

Ambas me vieron confundidas. Luego, la enfermera sacó su celular, y me

enseño unas fotografías que había capturado en la habitación de Ramiro.

—Tú amigo está desaparecido —La enfermera no sabía cómo expresar lo sucedido.

—¿Cómo qué desaparecido? Esto no puede ser.

En la foto que me enseñó la enfermera, se podía apreciar como la camilla estaba destendida y vacía. Sobre la camilla había un mensaje que decía: "LA LIMPIA SIGUE".

Protesté inmediatamente. Exigí que me dieran las grabaciones de las cámaras de seguridad, y que además llamaran a una patrulla, pero ellas, de forma muy sospechosa, me dijeron que los videos de seguridad de ese día están dañados y desaparecidos. La policía supuestamente ya ha empezado una averiguación previa, me dijeron.

—Díganme la verdad, por favor, se los imploro. No me hagan sufrir. –Le rogué a las señoritas, e imploré que me dijeran la verdad.

La recepcionista me miró compadecida, agarró un papel y escribió un mensaje. Después, disimuladamente me dio el mensaje en un folder, y me dijo que lo leyera afuera, de preferencia en mi casa, para mi seguridad, y por la reputación del hospital.

Salí del hospital con el sobre en la mano. Estaba tentado en abrirlo allí, y sin embargo, lo que hice fue tirarlo en el cesto de basura. Realmente sabía lo que estaba escrito en esa hoja. Decidí no hacer nada, como un cobarde, porque sentía que me observaban. Hay cosas que es mejor tenerlas en el anonimato.

—Eres muy valiente —me dijo Jazmín, abrazándome y dándome un sabe beso.

—No lo creo, debí haber hecho algo. Después de eso abandonamos La Ciudad Renacimiento. Lo único que quiero es dejar atrás ese pasado, y seguir.

—Sé que te va a ir muy bien. —Jazmín me daba muchos ánimos— Todo salió bien después de todo… te conocí a ti.

—Te amor. ¡Ah! dejemos de hablar de tantas desgracias ¡ya me harté de eso! ¿Qué te parece si subimos? Tengo un doce de cerveza.

—Vale.

Fin